

Harley R.

Patricia Sutherland



Los personajes y sucesos relatados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

© 2013 Patricia Sutherland
Ediciones Jera, Colección Jera Romance
www.jeraromance.com

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita del titular de los derechos de propiedad intelectual.

1ª Edición: noviembre de 2013

ISBN: 978-84-941380-1-0

© Imagen de cubierta: Depositphotos/aarrttuurr
Diseño de cubierta: Laura Sánchez

JR05 – Harley R.
Serie Moteros, 2
Novela romántica contemporánea
Nivel de erotismo: ♥♥♥ (Muy sensual)

*Dedicado con muchísima ilusión, toneladas de amor
y mi más sincero agradecimiento...*

*A las “Bollitos”, los miembros de mi grupo de lectoras
y seguidoras, que me acompañan desde mayo de 2012
y no han dejado de enseñarme ni un solo día que su
inmenso cariño y su apoyo incondicional pueden ser
el motor creativo más poderoso que existe para alguien,
que como yo, no cree en la inspiración.*

Finales de abril de 2009.

Abigail Gibb echó un vistazo receloso hacia el concurrido salón y apuró con un gesto de desagrado el contenido del vaso. Ojalá hiciera efecto rápido y el dolor de estómago que la perseguía desde temprano por la mañana le diera un respiro. Sus compañeras iban a tope de trabajo y aún quedaban tres clientas por atender aparte de la suya, que esperaba en el sillón con la bata puesta, a que ella regresara del cuarto de los tintes. En teoría, estaba allí, ultimando las cosas para ponerle unas mechas; en la práctica, tras prepararse una medicina, se había sentado en un taburete porque se sentía francamente mal.

El móvil volvió a vibrar por enésima vez en el bolsillo de sus pantalones. Con movimientos cansinos, se estiró hacia atrás para poder deslizar la mano dentro del tejido negro que imitaba al denim y sacar el aparato. No era de su madre, ni de su padre, ni de ninguna de sus tres tías que eran quienes habitualmente la freían a llamadas y/o SMS. No reconoció el número, pero vio que tenía otra llamada perdida procedente del mismo. La voz que la saludó, anticipándose a su “hola”, de primeras, tampoco le resultó familiar. Se la oía lejos, con ruido de fondo.

—Sí, soy yo... ¿Quién es?

—*Soy Ivan, Abby. ¿Qué tal?*

Ivan Yanev. O como él se había descrito a sí mismo la primera vez que la llamó “el tío bueno que te enseñó cómo se baila la salsa de verdad”.

Bueno... y pesadísimo. Además, bailaba salsa bastante bien para ser inglés, pero ni le había enseñado ni el tema era para tanto. Lo había conocido hacía un tiempo en un local latino del Soho y entonces Abby sólo había aprendido una cosa: que el ron cubano le sentaba fatal. Desde aquella noche de la que, dicho sea de paso, no recordaba gran cosa -ni siquiera haberle dado su teléfono-, él la había llamado infinidad de veces. Evidentemente, no se conformaba con coincidir de tanto en tanto.

—Ah, Ivan... Pues me llamas en un mal momento. Los viernes hay mucho trabajo.

Un ruido a trueno de tormenta le llegó desde el otro lado de la onda, y Abby apartó un poco el aparato de su oreja por puro instinto.

—*Disculpa el ruido, pero es que entre el móvil que va de pena y el sitio donde estoy que es un follón... ¿Me oyes?*

—Sí... Mal, pero te oigo. Escucha, en serio, no puedo atenderte ahora...

Como si no la hubiera oído, el “tío bueno” continuó:

—*Vale, no me enrolló. Te llamaba porque esta noche inauguran un antro nuevo en el West End. Dicen que habrá fiestuki de la buena y me apetece verte... ¿Qué te parece?*

Abby se sostuvo la cabeza con una mano. Seguro que tendría una imagen deplorable, pensó, sentada en un rincón del cuarto de los tintes, su piel de un blanco cadáver realzado por el negro del uniforme y mesando su larga cabellera rubia como una enferma que se ha saltado la última toma de antisi-cóticos, pero...

Dios le diera paciencia.

El único hombre que le importaba en la vida la encontraba tan interesante que se había liado con Tess, su hermana mayor, que le sacaba a él la friolera de once años. Y todos los demás hombres en edad de merecer con los que se cruzaba, aunque solo fuera dos horas una noche, la encontraban tan subyugante que no dejaban de proponerle sucesivas citas, de llamarla, de agobiarla... Tenía que ser una confabulación siniestra del destino. De otra forma no se entendía.

—Que no va a poder ser, eso es lo que me parece —replicó—. No sé si he pillado un virus o qué, pero me encuentro fatal. En cuanto acabe, me voy a casa a meterme en la cama.

—*No será una excusa para librarte de mí, ¿no?*

—Mira, Ivan, piensa lo que quieras. No tengo ni tiempo ni ganas de discutir. Y ahora corto, que estoy en el trabajo.

El silencio del otro lado de la onda empezaba a prolongarse más de lo que la paciencia de Abby estaba dispuesta a tolerar, y tampoco quería cortar, sin más.

—¿Vale? —repitió.

—*Ya hablaremos cuando estés mejor* —respondió él, sin ocultar su disgusto.

Abby volvió a guardarse el móvil en el bolsillo. Echó un vistazo al reloj. Todavía le quedaba una hora y media.

Apretó los párpados, respiró hondo y se puso de pie.



Mientras tanto, en casa de los Gibb...

“¡Teeeeeeeeess, tu enamorado está aquí!”

La editora se incorporó en la cama de un salto cuando oyó la voz de su madre haciendo aquel anuncio tan peculiar. “Tu enamorado” había sonado con la misma sorna con que siempre lo decía, y al final de la frase, como colgando de un precipicio invisible, estaban las dos palabras que *no* había pronunciado: otra vez. Casi habían sido audibles. Sin embargo, el mayor efecto en Tess lo había logrado con el adverbio “aquí”. ¿Cómo que “aquí”? Acababan de hablar por teléfono, y ella le había explicado que se echaría un rato porque no se encontraba bien. Había aducido una gripe como posible motivo de su malestar, confiando en que Dakota lo daría por bueno, cada cual dormiría en su propia cama el fin de semana y eso le concedería a ella las vacaciones de tres días que necesitaba.

No las deseaba, pero desde luego, las necesitaba.

Y ahora él, estaba “aquí”. Tess se dio un vistazo rápido y suspiró. Vaya pintas.

Se había puesto lo más cómodo que había podido encontrar en su armario. Una camiseta de tirantes que originariamente era de color salmón y ahora, tras años de lavado, había quedado de un rosita suave. Tenía escote en U y alguna vez había sido entallada; ahora, las sisas y el contorno lucían estirados. Pero el algodón era tan delgado que era casi como si no llevara nada. Un auténtica bendición en esos días como hoy, en los que no toleraba el roce de la ropa.

Los pantalones -convertidos en minishorts- eran otras reliquias. Un pantalón de deporte ancho de caderas y muslos, de los que se ajustaban a la cintura no con cinta elástica sino con cordel. Antediluviano, pero lo más cómodo que había vestido jamás. Por eso lo seguía conservando, y también por eso lo vestía hoy.

Y si así de mal estaban las cosas por su vestuario, no quería imaginar cómo estarían en su cabeza. Las ojeras ya eran contundentes al levantarse, por lo que no tenía la menor duda de que ahora serían dos círculos negros. Sin embargo, con esa coquetería propia de las mujeres, se deshizo la coleta y se peinó el cabello con los dedos, que volvió a enmarcar su rostro en una melena castaña, corta y ligeramente ondulada. Puso especial interés en el flequillo, que caía sobre el lado derecho de su cara, formando una onda amplia y dejaba la frente despejada. Por intentarlo que no quedara.

Y ella que había pensado que Dakota lo dejaría en unas cuantas llamadas

para ver qué tal seguía. Ilusa. Oía sus pasos firmes en las escaleras de madera. Venía tarareando una canción. Sonaba despreocupado. Feliz.

Tess exhaló un suspiro y esperó a que él abriera la puerta. Sin llamar antes, por supuesto.

Así fue. Scott Taylor, más conocido como Dakota, abrió la puerta con sigilo, para no despertarla si dormía, y al verla sentada con las piernas cruzadas al estilo indio sobre la cama, sonrió. Abrió la puerta del todo y recostó un hombro contra el marco.

—Guapa, si no mejoras solo con verme es que estás grave y tenemos que salir cagando leches al médico.

En otras épocas lo habría llamado vanidoso, pero ahora no podía más que reconocer que era cierto.

Una verdad grande como una catedral.

Aquel rubio pelilargo de cuerpo espigado, completamente vestido de negro, era una visión imponente. Llevaba sus botas llenas de hebillas y la cazadora de pinchos colgando de un dedo, sobre el hombro. Además, hoy tenía el pelo suelto. Caía como una mata lacia y sedosa que le cubría buena parte del pecho y de la espalda, dándole un aspecto terriblemente atractivo.

Nunca dejaba de asombrarla que ella, amante de Armani y ferviente admiradora de Ralph Laurent, pudiera encontrar aquellos pantalones pitillo y aquella camiseta con los puños arremangados hasta el codo, tan escandalosamente... *Sexy*.

Tess esbozó una sonrisa y extendió una mano hacia él. Dakota cerró la puerta tras de sí, soltó la cazadora sobre la pequeña banqueta que había frente a la cómoda y avanzó hasta la cama. Tomó la mano femenina y sin soltarla se puso de cuclillas frente a ella, mirándola. Sus impactantes ojos color café recorrieron el rostro de su novia, buscando señales que le indicaran qué tal se encontraba.

—Eres la medicina perfecta, pero... —Tess lo miró con dulzura— ¿qué haces aquí?

—Tenía que traerle unas cosas a mi padre y aproveché para hacerle una visita a la griposa, pero ahora que te miro...

Dakota acarició suavemente el rostro de Tess con el dorso de una mano. Uno de sus dedos le recorrió el perfil de la nariz y a continuación, las sombras oscuras que había debajo de sus ojos. Ella volvió a intentar desviar el tema. Retuvo aquel dedo delator y dijo con su tono risueño:

—Y ahora que me miras, te preguntas dónde han quedado esos conjuntitos que *te molaban tanto* —sonrió—. Era así como lo decías, ¿no?

De forma ostensible, los ojos de Dakota abandonaron el rostro femeni-

no y le dieron un exhaustivo repaso al resto de Tess. Ya lo había hecho antes, al abrir la puerta, pero en aquel momento a sus ojos de hombre enamorado les urgía más saber qué tal estaba. El “cómo” ya lo sabía; buenísima.

Este segundo repaso le confirmó que no echaba en falta los infartantes conjuntos que su chica usaba para salir a hacer footing. En lo más mínimo.

La camiseta era escotada y le iba grande. Desde donde mirara, se daba un festín visual, y si ella se movía... Cualquier movimiento hacía temblar aquellos dos soberbios melones porque sí, además, no llevaba sostén.

Joder, era la fórmula perfecta para que él no pudiera despegarle los ojos de aquellas delanteras de muerte y los dos sabían muy bien lo que pasaba cuando se las miraba mucho.

Cuando se las miraba. Punto.

Los shorts eran un escándalo. Lisa y llanamente. Le cubrían apenas hasta la raíz del muslo, y se enterraban en las ingles. Y mejor que no pensara qué haría allí, aparte de mirar.

Este segundo repaso *también* le confirmó que en otras épocas, su risueña referencia a los *conjuntitos molones* habría sido una maniobra de distracción perfecta.

Hoy no funcionaba.

—Este también me mola —concedió el motero—. Lo que me pregunto es qué clase de gripe es esta que has pillado... Sin tos. Sin coladera de nariz. Sin estornudos...

La vio ponerse roja y no hubo forma de evitar derretirse por dentro. Empezaba a intuir de qué iba todo aquello... *Y jo-der*, le estaban entrando unas ganas de embadurnarla en mermelada y comérsela despacio... ¡Ay, madre!

Tess meneó la cabeza. Qué incómodo estaba resultado todo aquello, pensó la editora. Dios. ¿Gripe? Menuda ocurrencia. Como si una gripe fuera a detener a un hombre como él de hacer exactamente lo que le diera en gana. En los casi tres meses que Tess llevaba viviendo en Londres, se habían visto a diario. A veces, solo por espacio de unos pocos minutos, pero todos los días, sin fallar uno.

Al principio era Dakota quien se las arreglaba para aparecer de improvviso, a veces en visitas relámpago de apenas un cuarto de hora. Ahora también era Tess.

Había descubierto que a él le encantaba que se presentara de forma inesperada -igual que lo hacía él-, y Tess, que no precisaba de ninguna razón especial para desear verlo cinco minutos después de que abría los ojos por la mañana, había encontrado en sus apasionadas bienvenidas el estímulo perfecto.

Intentando evitar hablar del tema, había conseguido un doblete; ahora, además, tendría que explicar por qué lo evitaba.

Ella soltó un suspiro. Tomó un mechón de pelo masculino y lo enredó entre sus dedos. A ver cómo se las ingeniaba para salir del embrollo sin... ¿sin parecer la mayor mojigata de treinta y seis años a este lado del mundo? Por Dios, Tess.

—No tengo la gripe —admitió al fin mientras seguía con la vista el movimiento de sus propios dedos en torno al mechón rubio—. He dicho una mentirijilla.

Dakota apartó su propio cabello hacia atrás con un movimiento de la mano, lo que de forma tácita dejó a Tess sin pelo que enredar entre sus dedos. Primer llamado de atención.

El segundo sobrevino de inmediato, cuando él elevó la barbilla de su chica en un gesto ostensible que la obligó a un contacto visual.

—Tess, no me evites. —Y aunque no completó aquella frase que los dos conocían muy bien, fue como si lo hubiera hecho: “me vuelves loco cuando me evitas”. Y el estremecimiento que los recorrió a los dos fue prueba de ello.

Él se resistió a abrazarla. No quería ponérselo fácil. Y muy especialmente, no quería mentiras entre los dos.

Ella también se resistió; tenía razones para ello aunque pudieran parecer tontas -incluso, aunque lo fueran-, aunque no supiera cómo empezar a explicarse. Su rostro se contrajo en un gesto mitad arrepentimiento mitad puchero, y lo soltó de carrerilla, casi sin pensar.

—Ay, Diossss... ¡Qué embarazoso! No es una gripe, es mi menstruación. La primera que tengo desde que he regresado a Londres. El médico dijo que era un retraso normal debido al estrés y al cambio de vida... Suelen ser dolorosas, lo cual me pone muy irritable, pero lo peor es que no soporto siquiera el roce de la ropa. Iría desnuda si pudiera. Son días en los que me siento malhumorada y fea... y... Quizás me equivoque, pero creo que no eres un hombre escrupuloso... Sexualmente escrupuloso, quiero decir... Y bueno... Esto me resulta muy violento. Preferí evitarlo y es evidente que cometí un error —hizo una pausa para recuperar el resuello—. Y ya está. Es todo.

¿Embadurnarla en mermelada, había dicho? Joder... Se la comería toda. Tal cual estaba. Cachito a cachito. Cada segundo que pasaba se sentía más loco por ella. Loco total.

Dakota soltó el aire en un suspiro. Quería comérsela allí mismo. Ya, ya, ya.

Y por desgracia, eso no era una opción.

—Vale. Entonces, nos vamos.

No solo lo había dicho. Además, se había puesto de pie esperando que ella hiciera lo mismo.

—Scott... —se quejó ella.

Pero Dakota no la dejó continuar.

—Si esperas que me trague que prefieres el zumito mañanero de Lady Di a mi rabo, no cuela.

Al oírlo, el rostro de la editora pasó por toda la escala de rojos antes de llegar al morado, y tan solo fue capaz de articular tres palabras:

—¡Por Dios, Scott!

—¿Qué? “Por Dios”, ¿qué? Me da igual si este fin de semana me toca cascarmela en la ducha. Sé lo que tú quieres y sé lo que quiero yo. Y eso no es que tú te quedes aquí y yo en Hounslow, ¿vale? Y ahora, llámame indiscreto, pero es lo que hay y lo sabes perfectamente.

Tess soltó un bufido. Miró a otra parte. ¿Indiscreto? *Zafio* era la palabra correcta.

—Menos mal que te he dicho que estoy irritable... Agggg... Te mataría cuando hablas de ese modo.

Dakota volvió sobre sus pasos. Se agachó frente a ella nuevamente y tomó sus manos. A continuación, buscó su mirada.

—A ver, nena... A duras penas conseguimos estar tres o cuatro horas sin vernos, y eso porque no paramos de llamarnos... ¿y tú pretendes que aguante-mos todo un fin de semana? —hizo una pausa durante la cual sus ojos, como siempre, la escrutaron, buscando una respuesta antes de que ella la pronunciará—. ¿Estás de coña, bollito?

Bollito. Debía haberse transformado en uno. De mermelada y recién salido del horno, porque así se sentía; caliente y blandita. Jamás entendería cómo aquel vocablo inofensivo y, a la sazón, mal empleado en este caso, podía tener semejante efecto sobre ella.

Pero así era.

Lógicamente, él se dio cuenta. Una gran sonrisa torcida marca de la casa, dominó su rostro varonil cuando murmuró, muy cerca del oído de Tess, y muy bajito:

—Diría que te tengo en el bote... ¿Qué te parece?



Richard Gibb y su esposa miraban la televisión cuando Tess, acompañada de Dakota, hizo una breve parada en el salón.

Antes de que su hija aceptara aquel puesto temporal en Harper Collins para cubrir la baja por maternidad de la editora de su sello romántico, y harta de ver a Dakota a todas horas en su casa, Amelia, a la que Dakota se había refe-

rido como Lady Di porque la mujer era una admiradora confesa de la Princesa del Pueblo hasta el punto de llevar su corte de pelo, esperaba como agua de mayo el momento en que Tess se reincorporara a la vida laboral, confiando en que las visitas se reducirían. Que incluso con un poco de suerte se limitarían a un rato por la noche, después del trabajo, como sucedía con las parejas normales. Sin embargo, no había sido así. Desde hacía tres semanas, en días de diario lo tenía tocando el timbre de su casa dos veces al día, y cuando llegaba el viernes por noche, aunque el planeta acabara de sufrir una invasión alienígena, Dakota recogía a Tess y no se les volvía a ver el pelo a ninguno de los dos hasta el domingo a la hora de comer. Hoy era viernes, así que Amelia ya sabía lo que vendría a continuación, y la verdad, no le gustaba, pero esperó con la boca bien cerrada a ver qué decía su hija. El primero que habló, no obstante, fue Richard al verla en el salón.

—¿Estas mejor, querida? Tienes mejor semblante.

—Sí, gracias, papá... Bueno, me marchó —miró a Amelia, con una sonrisa en los labios—. El domingo vendré a tiempo para ayudarte a amasar, mamá.

¿El domingo?

—¿Qué le ha pasado al sábado? ¿O es que tu semana ya no los tiene? —preguntó Amelia.

Dakota, de pie detrás de Tess y parcialmente oculto por la puerta, estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿A los 36 años mamá le preguntaba por qué no venía a dormir a casa? A ver qué respondía Tess.

La editora, acostumbrada a las continuas interferencias de Amelia Gibb sonrió con naturalidad.

—Nada, que yo sepa. Sigue formando parte del calendario oficial en todo el mundo —hizo un gesto de adiós con la mano—. El domingo, a eso de las diez, estaremos aquí.

“Dios le diera paciencia”, pensó Amelia.

—¿Estaremos? ¿Tú también vendrás, Dakota?

—Sí, señora. Aquí estaré, como un clavo.

Richard ignoró el gesto de desagrado de su esposa y procuró que pasara desapercibido.

—Divertíos, chicos. Ya nos veremos el domingo.

Tan pronto la pareja se hubo marchado, Amelia puso a un lado el tejido y miró a su marido con evidente malhumor.

—No me gusta cómo van las cosas, Richard, y lo que me gusta menos todavía es que tú te lo tomes tan a la ligera. Esto no es normal. Hace dos horas... ¡qué digo! *Hace media hora*, Tess se sentía lo bastante mal como para tomarse dos analgésicos de una vez... ¡Ella, que para hacerla tomar una aspirina

hay que maniatarla! Pero llega él y ya está estupenda y se va de fin de semana. ¿No ves lo que está sucediendo aquí?

Richard apartó el periódico con su talante paciente habitual. Sus grandes ojos grises miraron a su esposa como quien mira a un hijo caprichoso.

—¿Qué es lo que crees que está sucediendo? Se quieren, están bien juntos y quieren compartir el mayor tiempo posible. ¿Qué tiene de malo?

La expresión de Amelia mostró que su humor empeoraba por segundos.

—”Quieren”, no; quiere. *Él* quiere.

—¿A qué te referías, cariño? —preguntó el padre de Tess, completamente perdido.

—Tess no se sentía bien. Lleva así varios días, pero hoy ha venido del trabajo y se ha metido directamente en la cama, un signo muy claro viniendo de ella. No creo que en diez minutos esté estupenda. Lo que pasa es que él la presiona. Ya ves cómo es. La llama a todas horas, se presenta aquí a cada rato. La mangonea todo el tiempo y ella no sabe pararle los pies. Esto no me gusta, Richard. No me gusta nada.

Ahora quien empezó a dar signos claros de mal humor fue el cabeza de familia. Entendía que Dakota no era un tipo que se hiciera querer, precisamente. Entendía que su aspecto y sus modales constituyeran un desafío constante a la vena más tradicional de las hermanas Baldini. Lo entendía porque muchas veces él mismo se sentía desafiado. Pero lo que acababa de oír le parecía una acusación muy grave y a todas luces infundada, y antes de que la imaginación hiperactiva, tan característica de las mujeres de la casa, montara un gran drama a partir de un grano de arena, estaba decidido a ponerle coto. Ya mismo, además. No volvería a cometer el error de no intervenir a tiempo.

—Amelia, no se te ocurra seguir por ahí. No se te ocurra, ¿me oyes? —ella bajo la vista en un gesto que tenía tanto de ira como de incomodidad por la llamada de atención que estaba recibiendo de su marido—. No puedes ir acusando tan alegremente. Que Dakota no te caiga bien no es razón para que lo acuses de todos los males del mundo. Y perdona, cariño, pero decir que Tess no sabe pararle los pies, eso ya es... Eso es inaceptable. Inaceptable. Y además, no es cierto. Tess es una mujer con las ideas muy claras y yo no tengo ninguna duda de que las cosas se están desarrollando de la forma que ella quiere. Es Tess quien marca las pautas en esta relación y no al revés. Mira mejor, Amelia. Ya te lo he dicho infinidad de veces —la miró con dureza—. No quiero volver a oír eso. Me parece vergonzoso e impropio de ti.

Amelia volvió a tragarse su rabia. Tomó las agujas y continuó tejiendo sin hacer comentarios.

¿Qué iba a decir Richard de la situación? Para él, todo lo que Tess hacía era lo correcto. Durante muchos años, ella misma también lo había pensado.

Hasta el día en que Dakota se había metido, prepotente y chulo, en la vida de su hija mayor.

Justamente hasta ese día, Tess había sido una hija modélica.

Ahora era una desconocida.



Tess y Dakota atravesaron el camino de laja y salieron a la calle tomados de la mano. Ella se había dado una ducha rápida, había cambiado su indumentaria antediluviana por unos ligeros pantalones de color crema, una blusa violeta con mangas tres cuartos y escote bote, y unas sandalias a juego de tacón moderado. Un poco de rímel en las pestañas y corrector de ojeras a discreción habían mejorado su semblante en directa relación a lo que había mejorado su ánimo, aunque esta última mejoría tenía una única explicación: él. Ni los analgésicos, ni el zumito de mamá, ni ninguna otra cosa, fuera material o etérea. Solo él conjuraba este tipo de milagros en la vida de Tess.

—¿Y Princesa? —preguntó sorprendida al ver que la moto no estaba por ningún lado. En cambio, junto a la acera, estaba el coche de los Taylor.

Dakota abrió el maletero y colocó en él el pequeño equipaje de su chica.

—Guardada en el garaje.

Se refería al garaje de la casa de sus padres, que vivían puerta con puerta con los Gibb, en el 140 de Old Elm Street.

Tess se detuvo junto al motero.

—¿Has venido en coche? —le preguntó.

—*Nop*. He venido en moto y ahora me voy en coche.

A continuación, cerró el maletero de un golpe seco que sobresaltó a Tess.

—Pero a ti no te gusta ir en coche... —añadió ella mirándolo extrañada.

Dakota ya estaba junto a la puerta del conductor, dispuesta a abrirla, y se detuvo. Apoyó los codos sobre el techo del vehículo y la miró con sorna.

—¿Por qué las tías hacéis tantas preguntas? Vine en moto. Me voy en coche. ¿Dónde está el problema?

Fue en aquel momento, cuando él insistió en quitarle importancia al suceso optando por meterse con las costumbres del sexo femenino, que se hizo la luz. Desde el principio, la intención de Scott había sido llevarse a Tess consigo. Ella había dicho “gripe” y él había deducido que si estaba engripada, tendría fiebre, tos y estornudos. En tal caso, lógicamente, Tess preferiría hacer el viaje en coche. Por eso “había venido en moto y se iba en coche”.

Qué hombre más increíble se escondía tras sus ropas de motero.

—¿Tan curiosa te parezco?

Él arqueó una ceja a modo de respuesta y se puso al volante.

Tess, con una sonrisa que le ocupaba la mitad de la cara, se quedó donde estaba, disfrutando anticipadamente de lo que estaba a punto de suceder.

Dakota esperó a que ella subiera. Esperó y esperó y esperó...

Al fin, bajo el cristal del lado del acompañante y asomó parcialmente la cabeza.

—¿Vienes?

Tess se inclinó un poco y lo miró sonriente.

—Ha sido un gesto muy galante de tu parte pensar que, dadas las circunstancias, yo preferiría no viajar en moto. Y me preguntaba si, quizás, querías deslumbrarme con otro gesto galante...

Dakota dejó caer la cabeza, derrotado. Luego, la miró de reojo pensando con cuánta habilidad conseguía llevarlo a su terreno. Y con cuánta dulzura. Era demoledora.

—¿Cuál gesto?

—Me encanta que un hombre me abra la puerta —respondió Tess con suavidad, y se quedó esperando su reacción.

—¿Quieres que me baje y te abra la puerta del coche?

Ella le obsequió una sonrisa tierna.

—Quiero que me abras todas las puertas.

Había que ser mujer para entenderlo, así que, por descontado, él no lo entendía. Pero ella había usado la palabra “deslumbrar”, y esa sí que la entendía. Sobre todo, entendía el efecto.

Asintió un par de veces con la cabeza y volvió a mirarla.

—Y dime, ¿eso te deslumbraría mucho?

La mirada de Tess, resplandeciente de amor, permaneció unos instantes sobre él.

—Oh, sí —murmuró, al fin—. *Muchísimo*.

Dakota salió del coche y avanzó hacia ella con paso decidido. Pensaba cobrárselo con creces y en especie, y eso justamente era lo que sus ojos le decían. Eso, y que cada minuto que pasaba la adoraba más y más y más...

Tess dio un paso atrás para permitirle abrir la puerta y cuando él lo hizo, se dispuso a subir. Entonces, él la detuvo por un brazo, suavemente, y se acercó a hablarle al oído.

—No soy un tío escrupuloso —murmuró. El vaho caliente la quemó entera y sus palabras encendieron una hoguera en el vientre de Tess.

Ni una cosa ni la otra pasaron desapercibidas a Dakota, que volvió a apartarse sin dejar de mirarla.

Tess subió al coche y mientras lo hacía tampoco despegó sus ojos de él. Simplemente, no podía.



El malestar de Abby no había ido a mejor. Todavía quedaba trabajo por hacer cuando acabó con la clienta de las mechas color caoba, pero la dueña de la peluquería, una inglesa de raza negra, fortachona y generosa, que a pesar de haber nacido en Johannesburgo llevaba en Londres cuarenta años de su medio siglo de vida, no dudó en enviarla a casa. Insistió en que se quedaría más tranquila si ella tomaba un taxi, y en cuanto su socio se enteró del asunto, se ofreció voluntario. Más bien, se auto designó voluntario, porque no hubo forma de hacerle cambiar de opinión. De modo que si antes le dolía el estómago, ahora también le dolía la cabeza. Hacía apenas un mes que Charles Parrish había llegado a “Sally & Co”. Lo había traído la crisis financiera que se había instalado en Europa en noviembre del año anterior y en la peluquería de Sally Reynolds mucho antes de entonces, como alternativa al cierre. Y él había traído reducciones, recortes y mucha tensión, ya que era un cincuentón cabezota y malhumorado que no pertenecía al gremio peluquero y lo único que le importaba eran las finanzas. Trataba bastante mal a todo el mundo, excepto a Abby; a ella la agobiaba con sus permanentes demostraciones de interés y su cháchara constante, que él atribuía, a modo de excusa, a su reciente viudez “que lo hacía sentir tan solo”. En ocasiones Abby se preguntaba, con mucha mala uva tenía que reconocerlo, si quizás su mujer no habría decidido morirse para poder disfrutar al fin de un poco de paz.

Como no podía ser de otro modo, el nuevo socio de su jefa no había dejado de hablar en todo el trayecto, pero desde que habían llegado a su calle, Abby había dejado de atender lo que decía. Solo atendía lo que sucedía cincuenta metros más adelante, frente a la casa estilo victoriana que los Gibb tenían en Richmond, al suroeste de Londres. Y mientras miraba, como si sus ojos se hubieran quedado pegados a la pareja que estaba junto al coche de los Taylor, un enorme vacío que nació en su estómago y amenazaba con tragársela entera, se adueñó completamente de su ser.

Eran los tortolitos. Tess y Dakota. Que él fuera once años menor no había sido ningún obstáculo para que Tess siguiera adelante con aquella relación. Tampoco saber que su propia hermana llevaba enamorada de aquel hombre desde la niñez. Nada la había detenido, ni las habladurías, ni la oposición de las dos familias -los Taylor y los Gibb-, ni siquiera la distancia. Tess había abandonado Boston, donde vivía desde hacía tres lustros, y había regresado a su Londres natal por él.

Abby estaba harta de verlos prodigándose arrumacos en cualquier lugar

y a cualquier hora del día. Lo padecía en silencio esperando que llegara el día en que él se cansara y la dejara, convencida que ese día llegaría. El tirón sexual servía para acercar a dos personas, pero para mantenerlas unidas hacían falta más cosas. Dakota y Tess eran el día y la noche, y además les separaba más de una década. Posiblemente ahora la diferencia no pareciera tan evidente, pero era cuestión de tiempo: tres años más y Tess entraría en el grupo de las cuarentonas, mientras él seguiría siendo un yogurín. No dudaba de que su hermana estaba enamorada de él. Eso lo tenía claro, pero lo de él era otra cuestión. Para Dakota aquello tenía más que ver con las hormonas que con los sentimientos. Estaba convencida de que para él era solo un calentón, y las interacciones tórridas que compartían sin importarles quién estuviera delante eran buena prueba de eso. Abby había presenciado muchas. Nunca había conseguido acostumbrarse a ello, pero no era algo nuevo.

Sin embargo, lo que ahora miraba incapaz de apartar los ojos, sí lo era.

Él acababa de abrir la puerta del coche para que Tess entrara. Un gesto galante, que en cualquier otro hombre habría pasado casi inadvertido, por cotidiano y por normal. Su hermana era ese tipo de mujer, la que apreciaba y esperaba la galantería, y por lo que sabía, sus hombres, eran de este tipo de hombres. Abby solo había conocido a uno, su amigo Terry, y para muestra bastaba un botón.

Pero Dakota no era como cualquier otro hombre. Él no era amable, ni detallista, ni galante.

De modo que ese no podía ser él. No podía ser él quien abría aquella puerta, como si él fuera un caballero y ella, su dama. No podía ser Dakota el que la tomaba del brazo, una caricia sensual disfrazada en un desinteresado gesto de ayuda, ni el que le regalaba un recatado beso como colofón a una escena digna de una película de amor.

No podía ser Dakota...

Pero era él.

La confirmación de unos sentimientos que Abby llevaba meses negándose a aceptar se mezcló con el deseo de ser ella, y no Tess, la protagonista de esa escena dolorosamente romántica, y con la amargura de comprender que nunca lo sería. Respiró hondo una vez. Dos. Charles le hablaba. La miraba. Seguramente preguntándose qué le sucedía, esperando una respuesta.

Las náuseas que llevaban todo el día hostigándola se convirtieron en unas intensas ganas de vomitar y Abby manoteó la apertura de la puerta. La angustia que sentía era tan grande que se le llenaron los ojos de lágrimas. Tenía que salir de allí.

Necesitaba salir de allí.

—Estoy bien. Gracias por traerme. Nos vemos el lunes —se las arregló para decir al tiempo que se apeaba.

El coche de los Taylor era una silueta borrosa que se alejaba por Old Elm Street cuando Abby llegó junto a la verja roja de su casa. En aquel momento, su móvil vibró de nuevo. Era la sexta llamada que recibía desde que había salido de la peluquería. Verificó de quién se trataba y una nueva oleada de bilis le llegó hasta la raíz de la lengua. Ivan, otra vez. Dos llamadas perdidas eran suyas; el resto eran de su familia. Esa que estaría en el salón, esperando como agua de mayo a que ella abriera la puerta para freírla a preguntas, para agobiarla con su supuesta preocupación que al fin de cuentas no era más que necesidad de control y más control.

Estaba harta de ellos. Harta de todos.

Lo único que quería era meterse en el agujero más recóndito del mundo y desaparecer.

Abby esperó a que el socio de su jefa se marchara y volvió a cerrar la verja roja.

A continuación, se alejó calle abajo en la dirección opuesta.



Era como si tuviera alfileres clavados alrededor de la pupila. Además, veía borroso. Pero no lo bastante como para no darse cuenta de que el entorno no le resultaba familiar. Vamos, que no había estado allí en la vida. Abby se sentó de golpe.

—Pero... ¿Dónde coño estoy?

No obtuvo respuesta. Y fue decirlo, y su cerebro pasó de secuencia de inmediato. Se hallaba en una cama ajena. Oh, Dios. ¿Estaba vestida o... desnuda? Se miró alarmada, rogando que la ropa continuara en su sitio.

La alivió comprobar que así era, aunque ver las vomitonas que decoraban la pechera del vestido no la alivió tanto. Era de náusea fácil, y aquel dolor de cabeza preludiaba algo grande. Estaba claro.

Intentó pensar qué la había traído hasta allí. Recordó que durante los minutos interminables que los tortolitos habían tardado en desaparecer de su vista y mientras Charles no dejaba de hablar, ella se sentía como una leona enjaulada, desesperada por liberarse de su prisión y largarse de allí. Mil ideas por segundo cruzaban por su cabeza, y todas quedaban descartadas casi antes de completarlas. Tenía un trabajo de mierda con un sueldo de mierda. ¿Dónde iba a ir?

Era viernes, tenía veinticinco años. Se dijo que lo que debía hacer era

divertirse, intentar pasarlo bien. Mientras caminaba hacia el metro sin un plan claro, llamó a Amy, pero ella estaba en cama con gripe y no podía acompañarla. Luego, se había tomado varios minutos para decidir la siguiente jugada. Salir sola no era el mejor de los planes, pero quería hacer algo diferente, y especialmente, hacerlo en algún lugar donde no corriera el riesgo de encontrarse a los tortolitos. La cuestión era ¿dónde? La respuesta surgió de inmediato: el Ace-Café. Suponiendo que aquella noche la parejita decidiera salir, no irían allí. A Tess no le gustaba; decía que había mucho humo y mucho ruido.

Y allí se fue. La idea de bailar, de dejar que la música la envolviera y olvidarse del mundo, la animó bastante teniendo en cuenta el mal humor que la perseguía desde hacía tres meses. Con un poco de suerte pasaría un buen rato, tomaría algún refresco y a las dos de la madrugada estaría en la parada para coger el último autobús devuelta a casa. Se metería en la cama y dormiría, y ya vería cómo se las arreglaba para plantarle cara al sábado. Entonces, todo lo que le importaba era sobrevivir al viernes.

Y lo hizo. Bueno, más o menos.

Pensó que estar allí sería como un chute de anestesia. Que la música a tope y el ambiente de juerga la transportarían a otra dimensión donde la angustia que llevaba tanto tiempo a su lado que casi era como de la familia, se evaporaría. O al menos, quedaría diluida. Lo bastante como para poder cerrar los ojos, que la música la envolviera, y no llorar. Solo pedía eso. Solo eso. Dios, estaba tan harta de llorar...

Pero no se puede diluir nada si estás a palo seco, así que...

Hasta la segunda pinta había sido divertido. Luego, había aparecido Ivan, las pintas se habían mezclado con ron y adiós a la diversión. Recordaba haberlo dejado en plena pista con dos palmos de narices, harta de su cantilena melosa, y enfilarse hacia el baño. A partir de aquí, los recuerdos parecían desconectados. Como una película a la que le faltan trozos. Creía haber tropezado. Estaba casi segura de que alguien intentó cogerla. Al principio pensó que la estaba ayudando y lo dejó, pero de pronto lo tenía encima, sus manos estaban por todas partes. Gritó, aunque no debió ser mucho porque la cabeza la estaba matando. Y lo sabía porque el único recuerdo claro que tenía era de sí misma repitiendo una y otra vez lo mismo: “¡joder, no gritéis!”. Luego, había dos posibilidades, de las cuales no prefería ninguna; o se había quedado dormida, o se había desmayado. Fin de los recuerdos.

Abby apartó las sábanas y a pesar de que la habitación no dejaba de moverse, se las arregló para ponerse de pie. Más concentrada en no estamparse contra el suelo que en otra cosa, buscó el baño a tientas. Aquel apartamento parecía un campo de fútbol. Lucía inhóspito y olía a pintura. Todo estaba

Vaya performance la suya, pensó; dos de dos.

Qué desastre.

Dioss... Los huesos laterales del cráneo parecían a punto de desprenderse y salir volando. Se expandían y retraían al ritmo de los latidos del corazón. Abby se llevó las manos a la cabeza en un intento vano de aliviar el dolor.

Evel se detuvo junto a una puerta con la mano apoyada sobre el pomo, y volvió a hablar con el mismo tono suave y seguro de antes.

—Me tengo que ir... No imaginé que te despertarías tan pronto, así que te dejé dinero en la mesilla de noche. Ahora, métete en la cama y no te levantes hasta que te encuentres mejor, ¿vale? Tu velada en el Ace-Café ha sido de las que es mejor olvidar... —miró alrededor con evidente disgusto y añadió—: Siento el desorden y el tufazo; los pintores llevan una semana aquí pero aún no han acabado... En la mesilla también te dejé mi número de móvil. Si necesitas algo, dame un toque —abrió la puerta para irse, pero se detuvo y volvió a hablar—: Ah, hay café en la cocina y si te da hambre... Bueno, sírvete lo que te apetezca. Estás en tu casa.

La puerta se cerró antes de que Abby tuviera tiempo de decirle nada y ella dejó que su propia inercia la devolviera al suelo. Apoyó la nuca en la pared y cerró los ojos.

No supo si fue por darse cuenta de que las palabras de Evel eran lo más amable que le había regalado la vida en los últimos seis meses, o que sin su intervención -de la que no tenía la más remota idea- quizás no hubiera salido tan bien librada...

O la súbita conciencia de que había tocado fondo y estaba total, absoluta e irremediabilmente jodida.

Pero la angustia ya estaba allí, impidiéndole respirar. Asfixiándola. Y la cabeza le estallaba.

El sábado había empezado demasiado pronto...

Joder.

Y ya estaba llorando otra vez.

Harley R., una novela sobre el amor después del desamor y las segundas oportunidades.

Booktrailer, reseñas y puntos de venta en:
<http://www.jeraromance.com>